
LECTIO DIVINA,
3ER DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B (JN 2, 13-25)

Juan José Bartolomé, sdb



El evangelio nos presenta una escena un tanto insólita en la vida de Jesús: la purificación del templo de Jerusalén, en la proximidad de las fiestas judías de la Pascua. Seguramente que por haber oído hablar tanto de este gesto de Jesús, y porque nuestra situación nos parece tan diferente de la suya, no nos sorprende ya el hecho; pero fue incomprensible, ilegítimo e incluso y muy desagradable para sus contemporáneos.

Seguramente nos extraña la actitud que Jesús tomó, con un cordel en las manos, para azotar a los animales, volcando las mesas, tirando las monedas y expulsando a los hombres del recinto del templo. Ese Jesús se queda lejos de la imagen del hombre 'dulce y humilde de corazón', que nos legaron sus discípulos. Seguro tuvo sus razones para actuar así. De hecho, la narración no las esconde.

Los cristianos podemos aprender algo muy importante del comportamiento de Jesús en el templo: Si sintiéramos que 'el celo de Dios nos devora', podríamos hacer este mundo más limpio, esta Iglesia más comprometida con lo que Dios le da como tarea: 'adorarlo' y seríamos realmente creyentes, irradiando una fe más auténtica.

SEGUIMIENTO

13. En aquel tiempo se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.
14. Encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados;
15. haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y volcó las monedas de los cambistas;
16. y a los que vendían palomas les dijo: "Quiten esto de aquí: no conviertan en un mercado la casa de mi Padre".
17. Sus discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: «El celo de tu casa me devora».
18. Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: "¿Qué signos nos muestras para obrar así?".
19. Jesús contestó: —"Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré".
20. Los judíos replicaron: "Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?".
21. Pero él hablaba del templo de su cuerpo.
22. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de lo que había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la Palabra de Jesús.
23. Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía;
24. pero Jesús no confiaba en ellos, porque los conocía a todos,
25. y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

I. LEER: Entendemos lo que dice el texto fijándonos cómo lo dice

El texto evangélico presenta dos partes bien diferenciadas: la narración de la purificación del templo por parte de Jesús antes de la Pascua (Jn 2,13-21) y un breve resumen de su actuación durante las fiestas pascales (Jn 2,23-25). El evangelista deja claro qué capacidad tenía Jesús para leer en el corazón humano y cómo actuó en su encuentro con Nicodemo (Jn 3,1-21).

La expulsión de los mercaderes del templo es uno de los pocos hechos que reportan los cuatro evangelios, aunque los sinópticos, lo sitúan al final de la vida pública de Jesús y Juan al inicio (Mc 11,15-17; Mt 21,12-13; Lc 19,45-46).

La primera vez que Jesús subió a Jerusalén visitó el templo, actuando de manera impensable: la violencia con la que impidió que cambistas y mercaderes favorecieran el desarrollo del culto, haciendo que unos pagaran la tasa, que otros pudieran proveer los animales para el sacrificio, vendiéndolos a quienes los necesitaban, y que los cambistas hicieran su oficio, no eran en sí acciones reprobables. Lo que molestó mucho a Jesús fue que hubieran convertido la casa de su Padre en un mercado.

Donde Dios está presente, sólo cabe la adoración y la alabanza. Los discípulos, recién iniciados en el seguimiento al Maestro, empiezan a comprender algo que vivirán con más y más intensidad:

Descubrirán a Jesús como un hijo al que devora el celo divino, que era capaz de hacer lo que fuera hasta llegar a perder incluso los estribos, con tal de que Dios fuera respetado.

La escena podría haber terminado aquí: el insólito gesto de Jesús ha encontrado una explicación. Pero el relato se hace verosímil cuando da voz a la sorpresa y al desagrado del público judío, que le exige justifique su actuación.

La respuesta de Jesús es enigmática. Parece referirse al templo que acaba de purificar, ese mismo edificio que sus oyentes están viendo en construcción desde hace tiempo.

Pero Jesús – como lo recordarán más tarde los discípulos, – Él hablaba de su cuerpo, de su resurrección. Quienes ‘recordaron lo que dijo e hizo, se hicieron creyentes.

El camino de la fe, vivido por personas que deciden seguir a Jesús, nos invita a comprender por qué actuó así.

Quien quiera creer, debe recordar y conservar en su corazón las palabras y los hechos de Jesús. **‘Este es el camino del verdadero discípulo.**

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Quienes cambiaban dinero o vendían animales, lo hacían para facilitar a los peregrinos el cumplimiento de sus deberes religiosos. Jesús ve la situación de forma diferente: celoso de Dios, actúa de forma insólita e injustificable para sus contemporáneos. Donde Él esté, no hace falta ya templo que señale la presencia de Dios sobre la tierra; donde Él esté, no se comercializará la relación con Dios. Pero esto sucederá cuando su cuerpo vivo transpire a Dios, será entonces cuando sus discípulos comprenderán por qué expulsó a los vendedores del templo.

➤ Aunque muchos creyeron en Jesús, Él no confiaba en quienes decían tener fe sólo apoyándose en signos. Quien le crea, tiene que someterse a su juicio. Sólo Jesús nos llevará a vivir en la presencia de Dios y no son los lugares ni las ocupaciones, por buenas que sean, las que lo hagan presente y lo respeten. Revisemos cómo es nuestra piedad y qué uso le damos a nuestro templo. ¿No será que también nos servimos de Dios? ¿No estaremos abusando de Él y de lo suyo?

Jesús no transige entre Dios y los negocios... entre la piedad aparente y la verdadera. Hay que tomar más en serio lo que hizo y lo que dijo, porque también hoy quiere llamarnos la atención.

El Señor pudo transigir con muchas cosas y disculpar actuaciones nada felices, perdonar a los pecadores, pero no soportó el mercadeo en la casa de su Padre; el menosprecio a Dios lo hizo perder los estribos. Fue el hijo celoso de lo que era una fe y un amor verdadero, que se convertía en respeto.

➤ ¿Por qué los que se dicen mejores creyentes son hombres menos comprometidos, menos exigentes? ¿Cómo explicarnos que quienes más rezamos, nos olvidamos de que Dios y su honor son cuestionados hoy? **Dios y su honra están en juego – ¡y cuántas situaciones, programas, ideas y personas lo están poniendo en peligro! – No hay lugar para excusas: quien defiende a Dios, se convierte en hijo, como Jesús.** ¿Por qué esperar más? ¿Qué mejor razón necesitamos para intervenir en su nombre y en su defensa?

El lugar para la oración se convirtió en casa de traficantes; el lugar de la presencia de Dios se hizo lugar para negociar. Orar, celebrar a Dios, fue ocasión para aumentar el dinero de los que ya lo tenían de sobra. El modo de pensar de Jesús no podía ser entendido por sus contemporáneos y por eso, los extrañó sobre manera. Ellos pensaban que todo lo que había en el templo: mercaderes y ganado, mesas y monedas, estaban para favorecer a los peregrinos que pudieran cumplir los deberes religiosos.

- El encuentro personal con Dios no se da cuando el ambiente de oración es todo un negocio, por bien organizado que esté. Comprar cosas, por más santas que sean, no significa comprar a Dios para nuestros intereses muy personalistas. El culto que Dios espera de nosotros es un culto espiritual, que nos lleve a reconocerlo como lo que es: 'Señor'. 'A Él le debemos cuanto somos o queremos ser, lo que ya hemos realizado en la vida y los proyectos que alimentamos para el futuro. ¿Qué le llevamos cuando vamos ante su presencia?

¡Cuántas veces negociamos con Dios! Le ofrecemos lo que nos sobra o lo que podemos comprarnos con cuanto Él nos da. Podemos ir a la iglesia y no ir nunca al templo, donde Dios reside y espera de nosotros no ya nuestras ofrendas, sino la ofrenda de nosotros mismos.

El Dios de Jesús no está a disposición del mejor postor, del que más le quiere dar, sino de quien está dispuesto a darle sólo lo que Él le quiere pedir.

¿Por qué esperamos sacar dividendos de nuestra vida de fe, ganancias del tiempo empleado para servirle?

III. ORAMOS: nuestra vida desde el texto



Señor, te pedimos que nos ayudes a comprender cómo ser verdaderos creyentes. Danos el valor que Tú tuviste para defender la fe, para vivir una piedad auténtica y para regenerar el culto que hemos confundido con actos puramente sociales, lujosos, que son apariencia.

Hacemos tantas cosas que se nos olvide la razón por la que vamos a tu casa; no nos preocupa darle gloria a Dios Padre, alabarlo, agradecerle todo lo que nos da; hablar con Él, ofrecerle nuestra persona, nuestro tiempo, nuestras capacidades, que, al fin y al cabo, son tuyas, no nuestras.

Queremos tener una fe viva, gozar de tu presencia, hablarte no sólo con los labios, sino con el espíritu de hijos, como Tú lo hiciste siempre, estuvieran donde fuera, porque siempre pensaste en Él y en lo que a Él correspondía. Líbranos del mercantilismo religioso que nos confunde y nos entretiene, Haznos verdaderos creyentes para que dejemos a Dios ser Dios en nuestra vida y nosotros nos ofrezcamos todos a Él. **¡Así sea!**